
Norman Foster y otros directores norteamerica- nos en México

Gabriel Ramírez, *Norman Foster y los otros directores norteamericanos en México*, México, UNAM, 1982, 226 pp.

Aleksandra Jablonska

La historia de las incursiones en el cine mexicano de los directores formados en Hollywood estuvo marcada, por un lado, por la precariedad de las condiciones en que se desenvolvía el cine nacional, y por el otro lado, por el carácter mercantil de la cinematografía norteamericana.

Dicha historia, de acuerdo con la investigación de Gabriel Ramírez, se inició en la época de la Revolución Mexicana cuando la Mutual firmó un contrato con Villa para rodar una película sobre su vida, y continuó a lo largo de las siguientes décadas, a medida que el público norteamericano no dejaba de interesarse por los temas mexicanos.

Este interés raras veces rebasó una mera afición por lo exótico del "colorido local" que los extranjeros encontraban en las

canciones, bailes o corridas de toros, que suponían típicos de la cultura mexicana. Sus películas seguían, por lo general, esquemas ya consagrados en las producciones hollywoodenses, melodramas o *westerns* de pobres argumentos y tramas modestas pero que en cambio pretendían elevar su atractivo mediante la adición de algunos elementos del *folklore* local.

Los intentos por acercarse a temas auténticamente mexicanos fueron, como plantea el libro de Gabriel Ramírez, más bien escasos. Entre éstos el autor recuerda dos películas de George D. Wright filmadas en la época posrevolucionaria. Mientras la primera de ellas versaba sobre el culto guadalupano, la segunda, titulada *Escenas maravillosas de México*, rodada con la cooperación del gobierno de Carranza, pretendía hacerle propaganda a la diversidad cultural y a la prosperidad económica del país.

Entre la masa de películas mal hechas, meras "imitaciones del peor cine extranjero", destacaron *Redes*, un film de Fred Zinnemann, con música de Silvestre Revueltas, calificada por Cardoza y Aragón como la mejor película que se haya hecho en México. Esto se debía, paradójicamente, y de acuerdo con la crónica citada por Ramírez, a la falta de la dirección... En efecto, la película se sustentaba de manera fundamental en el interés que contenía cada toma: "El paisaje de México, la luz

prodigiosa, los campos yermos de magueyes, los pueblecillos indígenas [...], en fin, belleza geométrica de pirámides, torres coloniales, indígenas en sus regiones nativas, montañas y mar, en donde el esfuerzo de la dirección es menor...". En la década de los años cuarentas destacaron en el cine mexicano las realizaciones de Norman Foster, actor y director norteamericano. Si bien Foster no fue sino un artesano modesto del cine, dedicado a rodar películas en el tiempo más corto posible, con reducidos presupuestos y con el único fin de entretener a un público poco exigente, su eficacia técnica y su limpieza de estilo permitieron sobrepasar los estrechos límites en los que se desenvolvía el cine mexicano.

Foster incursionó en el cine como actor trabajando para Paramount, Metro, Universal y RKO. Su carrera fue sin embargo corta; tras algunas apariciones consideradas como prometedoras, pronto engrosó las filas de actores secundarios que encontraban papeles menores en compañías de escaso prestigio.

El fracaso ante las cámaras lo llevó a probar suerte colocándose detrás de ellas. A partir de 1937 Foster dirigió con éxito series de películas policíacas, trabajando para 20th Century Fox. Cuatro años después fue llamado por Orson Welles para colaborar con él en un proyecto de Rockefeller y la RKO. Por encargo de Welles viajó en 1941 a México para iniciar la filmación de *Mi amigo*

bonito, una película que contaba la historia de la amistad de un niño con un toro. Si bien el filme quedó inconcluso, Foster regresó pronto a México para dirigir la tercera versión de *Santa*, película basada en la novela de Federico Gamboa. La cinta tuvo excelentes críticas y pronto se convirtió en un éxito taquillero en la ciudad de México. Su popularidad despertó el interés de la United Aris, la que compró los derechos de explotación para Sudamérica y España.

La fuga, la segunda película dirigida por Foster en México, fue una adaptación de la novela de Guy de Maupassant. El éxito del director norteamericano se repitió a medida que la crítica consideró el filme como una realización de calidad. Las crónicas destacaron la participación de los artistas mexicanos en el filme; la excelencia de la fotografía de Gabriel Figueroa y las notables actuaciones de Esther Fernández y de Ricardo Montalbán.

El último proyecto importante de Norman Foster en México fue *La hora de la verdad*, un melodrama que contaba las vicisitudes de un aspirante a torero. Los problemas que enfrentaba el cine nacional al término de la Segunda Guerra Mundial contribuyeron no obstante al fracaso de sus ulteriores realizaciones. En 1948 Foster decidió reintegrarse a Hollywood donde siguió dirigiendo películas hasta fines de la década de los años sesentas.

El libro de Gabriel Ramírez,

Norman Foster y los otros directores norteamericanos en México, ofrece una copiosa recopilación de datos y testimonios acerca de las películas realizadas en México por los directores estadounidenses desde la época de la Revolución Mexicana hasta los años sesentas. Al mismo tiempo el autor procura reconstruir las historias de quienes intervinieron en el rodaje

de dichos filmes y dar cuenta de las reacciones que los referidos proyectos despertaron en el público mexicano y en la crítica norteamericana. El autor se abstiene, por lo general, de expresar sus propias opiniones permitiendo que los documentos hablen por sí mismos. El libro admite, por tanto, diversas lecturas que dependen del interés de cada uno de los lectores.